

EN LAS MANOS DE DIOS

HOMBRES Y MUJERES DE FE
EN LA BIBLIA



J. VERDIÁ (ED.)

En las manos de Dios

Serie de textos sobre algunas figuras del Antiguo y Nuevo testamento que, con su vida, han mostrado la cercanía de Dios con los hombres.

www.opusdei.org

ÍNDICE

- Introducción.
- I. Abraham, nuestro padre en la fe.
- II. Vocación y misión de Moisés.
- III. David.
- IV. El profeta Elías.
- V. María, modelo y maestra de fe.
- VI. La fe del centurión.
- VII. San Pedro y el camino de la fe.
- VIII. Marta y María.
- Compartir este libro...

INTRODUCCIÓN

«Fe. El día en que vivamos esta virtud —confiando en Dios y en su Madre—, seremos valientes y leales. Dios, que es el Dios de siempre, obrará milagros por nuestras manos»¹. La necesidad de redescubrir la fe y dejar que empape toda nuestra vida es precisamente el eje que articula la primera encíclica del papa Francisco, *Lumen fidei*: «La fe nos abre el camino y acompaña nuestros pasos a lo largo de la historia. Por eso, si queremos entender lo que es la fe, tenemos que narrar su recorrido, el camino de los hombres creyentes»².

En las siguientes páginas evocaremos algunas figuras de la historia sagrada del Antiguo y Nuevo testamento que, con su vida, han mostrado la cercanía de Dios con los hombres. Se trata de artículos elaborados en el contexto del Año de la fe, convocado por Benedicto XVI en octubre del 2012, y clausurado en noviembre de 2013 por el Papa Francisco. Los textos, publicados durante esos meses en opusdei.org, tienen como finalidad facilitar la oración personal sobre esta virtud teologal, considerando algunos de sus aspectos tal como los encontramos encarnados en algunos personajes de la Sagrada Escritura. Ejemplos como el de la Santísima Virgen, por cuya fe el Hijo se hizo carne y es llamada bienaventurada por todas las generaciones³; el de los Apóstoles, que dejaron todo para seguir al Maestro y anunciaron la Buena Nueva hasta los confines del mundo conocido; o el de otros hombres y mujeres nos ayudarán a experimentar la alegría de la fe y a transmitirla a quienes tenemos a nuestro alrededor. En un mundo sediento de Dios, estos testigos constituyen una llamada y un impulso para «ofrecer a los demás el testimonio explícito del amor salvífico del Señor, que más allá de nuestras imperfecciones nos ofrece su cercanía, su Palabra, su fuerza, y le da un sentido a nuestra vida»⁴, para llevar «el calor del sol de la fe»⁵ a tantos lugares.

J. VERDIÁ
MAYO DE 2017

[Volver al índice](#)

I. ABRAHAM, NUESTRO PADRE EN LA FE

El libro del Génesis narra la vida de Abraham a partir del momento en que el Señor se cruzó en su camino y transformó su existencia radicalmente. Aunque el escritor sagrado no pretende ofrecer una biografía detallada, nos presenta numerosos episodios que ponen de manifiesto la profunda fe del santo patriarca, y el modo en que deja obrar a Dios en su vida.

En efecto, se le promete una tierra y una descendencia numerosa, pero Abraham deberá iniciar un camino: «Vete de tu tierra y de tu patria y de casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré; de ti haré un gran pueblo, te bendeciré, y engrandeceré tu nombre que servirá de bendición»¹. Tiempo después, Dios mismo le cambiará el nombre —«no te llamarás más Abrán, sino que tu nombre será Abraham»²— para indicar que le ha conferido «una personalidad nueva y una nueva misión, que quedan reflejadas en el significado del nuevo nombre: «padre de multitudes»³. Se manifiesta así que toda la singularidad del patriarca depende de la alianza con Dios y está al servicio de ésta.

Abraham escucha la voz de Dios y la pone por obra, sin prestar demasiada atención a lo que las circunstancias podían aconsejarle. ¿Por qué abandonar la seguridad de su patria, esperar una descendencia cuando tanto él como su mujer son de edad avanzada? Pero Abraham se fía de Dios, de su omnipotencia, de su sabiduría y bondad. El episodio de Sodoma y Gomorra⁴ muestra, además de la gravedad del pecado que ofende a Dios y destruye al hombre, la familiaridad que tiene Abraham con su Señor. Dios no le oculta lo que está por hacer y acoge la oración de intercesión del santo patriarca. La respuesta de fe se apoya en la confianza, es decir, en un trato personal con Dios.

El conocimiento de las cosas, el sentir común, la experiencia, los medios humanos tienen su importancia, pero si todo se quedara ahí, «de tejas abajo», nuestra percepción de la realidad sería falsa por ser incompleta, porque nuestro Padre Dios no se desentiende de nosotros ni su poder ha menguado. Así lo expresaba san Josemaría Escrivá de Balaguer: «En las empresas de apostolado, está bien —es un deber— que consideres tus medios terrenos ($2 + 2 = 4$), pero no olvides ¡nunca! que has de contar, por fortuna, con otro sumando: Dios + 2 + 2...»⁵.

Las dificultades habituales, por muy adversas que parezcan, nunca son la última palabra. Dios es fiel y cumple siempre sus promesas. Abraham actúa de acuerdo con esta lógica. El valor ejemplar de la fe de Abraham se compendia en tres rasgos fundamentales: la obediencia, la confianza y la fidelidad.

En la obediencia de la fe

Abraham manifiesta su propia fe principalmente obedeciendo a Dios. La obediencia presupone la escucha, pues es necesario, en primer lugar, «prestar oído», es decir, conocer la voluntad de otro para darle respuesta y cumplirla. En la Sagrada Escritura obedecer no es sólo «cumplir» mecánicamente lo mandado: implica una actitud activa, que pone en juego la inteligencia delante de Dios que se revela, y que conduce a la persona a adherirse a la voluntad divina con todas las fuerzas y capacidades. «Cuando Dios le llama, Abraham parte “como se lo había dicho el Señor” (Gn 12, 4): todo su corazón se somete a la Palabra y obedece»⁶.

La obediencia que proviene de la fe va mucho más allá de la simple disciplina: supone la aceptación libre y personal de la Palabra de Dios. Así ocurre también en muchos momentos de nuestra vida cuando podemos acoger esa Palabra o rechazarla, dejando que nuestras ideas prevalezcan sobre lo que Él quiere. La obediencia de la fe es la respuesta a la invitación de Dios al hombre a caminar junto a Él, a vivir en amistad con Él. «Obedecer ("ob-audire") en la fe, es someterse libremente a la palabra escuchada, porque su verdad está garantizada por Dios, la

Verdad misma. De esta obediencia, Abraham es el modelo que nos propone la Sagrada Escritura. La Virgen María es la realización más perfecta de la misma»⁷.

Con confianza y abandono en Dios

Cuando consideramos la vida de Abraham, vemos que la fe está presente en toda su existencia, manifestándose especialmente en los momentos de oscuridad, en los que las evidencias humanas fallan. La fe implica siempre una cierta oscuridad, un vivir en el misterio, sabiendo que no se llegará nunca a alcanzar una perfecta explicación, una perfecta comprensión, pues lo contrario ya no sería fe. Como dice el autor de la carta a los Hebreos, «la fe es fundamento de las cosas que se esperan, prueba de las que no se ven»⁸. La falta de evidencia de la fe es superada por la confianza del creyente en Dios; por la fe, el patriarca se pone en camino sin saber a dónde va, pero esa es sólo la primera ocasión en que deberá poner en juego esta virtud. Porque, como recuerda el *Catecismo de la Iglesia Católica*, se necesita confiar mucho en Dios para vivir «como extranjero y peregrino en la Tierra prometida»⁹, y para afrontar el sacrificio del hijo: «Toma a tu hijo, a tu único hijo, al que tú amas, a Isaac, y vete a la región de Moria. Allí lo ofrecerás en sacrificio, sobre un monte que yo te indicaré»¹⁰.

La fe de Abraham se muestra en toda su grandeza cuando se dispone a renunciar a su hijo Isaac. El sacrificio del propio hijo es profecía de la entrega de Jesucristo para la salvación del mundo. Es algo tan tremendo que no precisa comentario. Pero Abraham no se rebela contra Dios, no lo cuestiona ni lo pone en duda: se fía de Él. Se pone en camino, sigue atento a escuchar la voz del Señor y, al final del viaje al monte Moria, descubre que no quiere la sangre de Isaac: «Y Dios le dijo: —No extiendas tu mano hacia el muchacho ni le hagas nada, pues ahora he comprobado que temes a Dios y no me has negado a tu hijo, a tu único hijo. (...) Abrahán llamó a aquel lugar “El Señor provee”, tal como se dice hoy: “en la montaña del Señor provee”»¹¹.

Sucesos similares suelen acaecer en la vida de los santos. Recordemos, por ejemplo, cuando nuestro Padre pensó que el Señor le estaba pidiendo dejar el Opus Dei para poder realizar una nueva fundación, dirigida a los sacerdotes diocesanos. ¡Qué gran sacrificio! De hecho, después de hablar con varias personas en la Santa Sede, llegó incluso a comunicar su decisión a don Álvaro, a Tía Carmen, a Tío Santiago, a los miembros del Consejo general y a algunos más. «Pero Dios no lo quiso así, y me libró, con su mano misericordiosa —cariñosa— de Padre, del sacrificio bien grande que me disponía a hacer dejando el Opus Dei. Había enterado oficiosamente de mi decisión a la Santa Sede (...), pero vi después con claridad que sobraba esa fundación nueva, esa nueva asociación, puesto que los sacerdotes diocesanos cabían perfectamente dentro de la Obra»¹². Como Abraham había sido liberado, san Josemaría lo fue, pues el Señor le hizo entender que los sacerdotes diocesanos podían formar parte del Opus Dei y ser admitidos como socios de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, sin que esto afectase a su situación en la diócesis; más aún, fortaleciéndose así su unión con el resto del clero y con su Obispo.

Fe que es fidelidad

La fe de Abraham se manifiesta también como fidelidad: ante los diversos acontecimientos persevera en su decisión de seguir la voluntad de Dios. La fe se apoya en la palabra de Dios, y por eso da pie a decisiones tomadas en profundidad, que no están sometidas a posteriores «revisiones» o «re-pensamientos». «Mantengamos firme la confesión de la esperanza, porque fiel es el que hizo la promesa»¹³. En nuestra vida, siempre habrá momentos que nos servirán —con la gracia de Dios— para fortalecer y consolidar nuestra fe. Abraham fue sometido a una prueba tremenda: se vio en la tesitura de tener que sacrificar a quien era fruto de la promesa que se le había hecho. El santo patriarca no sólo tuvo que afrontar circunstancias difíciles, sino que esperó contra toda esperanza¹⁴, porque las circunstancias invitaban a «juzgar» la voluntad divina, a dudar de Dios mismo y de su fidelidad. En esto radica la tentación que se presentó a Abraham.

También nosotros nos podemos encontrar, a veces, con situaciones donde intuimos que el Señor espera algo que quizá nos contraría: un paso adelante en la vida cristiana, la renuncia a un modo de hacer o incluso a una manera de ser, a lo mejor profundamente arraigada pero que quizá no favorece la fecundidad del apostolado. Puede surgir el impulso de silenciar esa inquietud, identificando lo que a uno le gustaría con lo que debería ser la voluntad divina: «La tentación de dejar a Dios a un lado para ponernos a nosotros mismos en el centro está siempre a la puerta»¹⁵.

Abraham no obra así: marcha hacia el monte Moria, con un gran conflicto interior, pero convencido de que antes o después «Dios proveerá»¹⁶. Y Dios, que está empeñado en hacerse entender, al final provee. Para que se haga la luz, Abraham ha debido recorrer el camino completo, ha tenido que ponerse en marcha y llegar hasta el final. También nosotros, si buscamos secundar en todo momento la voluntad divina, descubriremos que, a pesar de nuestras limitaciones, Dios da eficacia a nuestra vida. Sabremos y sentiremos que Dios nos ama, y no tendremos miedo de amarle: «la fe se profesa con la boca y con el corazón, con la palabra y con el amor»¹⁷.

JAVIER YÁNIZ

[Volver al índice](#)

II. VOCACIÓN Y MISIÓN DE MOISÉS

Dios, al acercarse al hombre e invitarle a la fe, no le comunica simplemente una verdad, sino que se da Él mismo. Acoger el don de la fe lleva, por eso, a que el hombre se ponga en marcha hacia Dios, a que se comprometa totalmente con Él por amor, aunque en ocasiones haya que «ir a contrapelo»¹. Dios nos espera, nos necesita fieles y no se deja ganar en generosidad.

Es lo que vemos en la vida de Moisés, caracterizada por ser una respuesta de fe a la Revelación de Dios. Así lo leemos en la Carta a los Hebreos: «Por la fe, salió de Egipto sin temer la cólera del rey, y se mantuvo firme como quien ve al invisible. Por la fe, celebró la Pascua y la aspersión de la sangre, para que el exterminador no tocara a sus primogénitos. Por la fe, cruzaron el Mar Rojo como si fuera tierra seca, mientras que los egipcios que lo intentaron fueron tragados por las aguas»².

Vocación y misión de Moisés

Si Abraham es modelo de obediencia y confianza en Dios, de modo que con razón se le puede denominar padre de todos los creyentes³, Moisés nos permite aprender que la fe es para la entrega, convirtiéndose en «un nuevo criterio de pensamiento y de acción que cambia toda la vida del hombre»⁴. La fe ilumina la propia existencia, dándole un sentido de misión. «La fe y la vocación de cristianos afectan a toda nuestra existencia, y no sólo a una parte. Las relaciones con Dios son necesariamente relaciones de entrega, y asumen un sentido de totalidad. La actitud del hombre de fe es mirar la vida, con todas sus dimensiones, desde una perspectiva nueva: la que nos da Dios»⁵. Tener fe y comprometerse con Dios a vivir con una misión apostólica son caras de la misma moneda.

Vivir a la luz de la fe

Moisés nació cuando el faraón había ordenado asesinar a todos los recién nacidos varones del pueblo judío. Pero por «la fe, Moisés, recién nacido, fue ocultado durante tres meses por sus padres»⁶. La frase sugiere que la fe de sus padres hizo que percibieran que la voluntad de Dios no era la muerte del niño, y que fue también la fe la que les dio la fuerza para infringir el edicto del rey. No podían imaginar cuánto dependía de aquel gesto. Cuando creían haber renunciado a su hijo, la providencia divina no sólo les permitió verlo adoptado por una princesa egipcia, sino que hizo posible que la misma madre pudiera amamantarlo y criarlo⁷.

Moisés creció en la casa del faraón, y fue instruido en todas las ciencias de los egipcios. Pero un episodio turbará profundamente su vida: al defender a otro hebreo, quitó la vida a un egipcio y se convirtió en un proscrito. En la elección de Moisés para solidarizarse con sus hermanos podemos ver una decisión basada en una convicción de fe, en la conciencia de pertenecer al pueblo elegido: «Por la fe, Moisés, ya adulto, se negó a ser llamado hijo de la hija del Faraón, y prefirió verse maltratado con el pueblo de Dios que disfrutar el goce pasajero del pecado, estimando que el oprobio de Cristo era riqueza mayor que los tesoros de Egipto, porque tenía la mirada puesta en la recompensa»⁸.

A la luz de la fe, Moisés reconoce que asumir como propio el oprobio y el desprecio que sufren los israelitas tiene infinitamente más valor que poseer los tesoros materiales de Egipto, pero que llevaban a la perdición espiritual. «Yo te voy a decir cuáles son los tesoros del hombre en la tierra para que no los desperdices: hambre, sed, calor, frío, dolor, deshonra, pobreza, soledad, traición, calumnia, cárcel...»⁹.

Moisés deberá huir de Egipto para no caer en manos del faraón. Así llegará a la tierra de Madián, en la península del Sinaí. Podría parecer que todas sus buenas disposiciones y su preocupación por los israelitas prisioneros en Egipto no le han traído nada bueno. Sin embargo, los

hombres no son los únicos protagonistas de la historia del mundo, ni siquiera son los principales. Y cuando Moisés se ha asentado en su nuevo país, y puede justamente imaginar la normalidad con que proseguirá su vida, Dios saldrá a su encuentro y le manifestará la misión que le ha reservado desde su nacimiento, y que configura su vocación, y su ser más íntimo.

Vocación y respuesta de fe

La misión de Moisés se sitúa en el contexto de la historia patriarcal. Dios, ante el lamento de los hijos de Israel oprimidos en Egipto, se «acordó de su alianza con Abrahán, con Isaac y con Jacob»¹⁰ y escogió a Moisés para liberar a su pueblo de la esclavitud. El Señor interviene de nuevo en la historia para ser fiel a la promesa que hizo a Abraham, y mientras «Moisés apacentaba el rebaño de su suegro Jetró, sacerdote de Madián, (...) el ángel del Señor se le manifestó en forma de llama de fuego en medio de una zarza. Moisés miró: la zarza ardía pero no se consumía. Y se dijo Moisés: “Voy a acercarme y comprobar esta visión prodigiosa: por qué no se consume la zarza”. Vio el Señor que Moisés se acercaba a mirar y lo llamó de entre la zarza»¹¹. La vocación de Moisés nos permite apreciar los elementos fundamentales que encontramos en toda llamada a asumir los planes de Dios: la iniciativa divina, la autorrevelación de Dios, la encomienda de una misión, y la promesa del favor divino para poder llevarla a término.

Dios se abre camino de modo sorprendente, a la vez que se acomoda a su interlocutor: suscita el asombro de Moisés ante la zarza incandescente para, a continuación, llamarle por su nombre: «Moisés, Moisés»¹². La repetición del nombre acentúa la importancia del acontecimiento y la certeza de la llamada. En toda vocación aparece esa conciencia de pertenecer a Dios, de estar en su mano, que invita a la paz. Es lo que expresa el profeta Isaías en un himno, cuando dice: «No temas, que te he redimido y te he llamado por tu nombre: tú eres mío»¹³; palabras que san Josemaría paladeaba, uniéndolas a la respuesta de Samuel: «Dile: “*ecce ego quia vocasti me!*” — ¡aquí me tienes, porque me has llamado!»¹⁴.

Cuando Dios llama, el hombre percibe que la vocación no es una quimera o el fruto de la imaginación. La vocación de Moisés muestra este segundo aspecto de la llamada haciendo hincapié en cómo el Señor se presenta: «Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob»¹⁵, el mismo en el que han creído sus antepasados. «Yo soy el que soy»¹⁶. Toda llamada divina lleva consigo esta iniciativa de intimidad en la que el Señor se da a conocer.

Sin embargo, podría sorprender la reacción de Moisés: a pesar de haber visto el prodigio de la zarza ardiente, a pesar de la certeza de lo que está sucediendo, se excusa: «¿Quién soy yo para ir al faraón?»¹⁷. Intenta evitar lo que el Señor le pide —la misión encomendada—, porque es consciente de su propia insuficiencia y de la dificultad del encargo. Su fe es aún débil, pero el miedo no le lleva a alejarse de la presencia de Dios. Dialoga con Él con sencillez, le dice sus objeciones, y permite que el Señor manifieste su poder y dé consistencia a su debilidad.

En este proceso, Moisés experimenta en primera persona el poder de Dios, que empieza obrando en él algunos de los milagros que después realizará ante el Faraón¹⁸. Así, Moisés toma conciencia de que sus limitaciones no importan, porque Él no le abandonará; percibe que será el Señor quien liberará al pueblo de Egipto: lo único que le toca hacer es ser un buen instrumento. En cualquier llamada a una vida cristiana auténtica: Dios asegura al hombre su favor y le muestra su cercanía: «Yo estaré contigo». Estas palabras se repiten en todos aquellos que han recibido una tarea difícil a favor de los hombres¹⁹.

Fe y fidelidad a la misión de Dios

Moisés, consciente de su misión, se guió siempre por la confianza en la promesa divina de llevar al pueblo elegido hasta la tierra prometida, por la seguridad de que con el Señor se superarían todos los obstáculos. «Por la fe, celebró la Pascua y la aspersión de la sangre, para que el exterminador no tocara a sus primogénitos. Por la fe, cruzaron el Mar Rojo como si fuera tierra seca, mientras que los egipcios que lo intentaron fueron tragados por las aguas»²⁰. Pero esa fe no se fundamentaba sólo en

una llamada recibida en el pasado, sino que se alimentaba del diálogo sencillo y humilde con Dios. Dios es invisible, pero la fe lo hace en cierto modo visible, porque la fe es un modo de conocer las cosas que no se ven²¹. La fe en Dios lleva a vivir la propia vocación con todas sus consecuencias.

Como la fe está viva y debe desarrollarse, el diálogo con Dios nunca termina. La oración enciende la fe y permite adquirir la conciencia del sentido vocacional de la propia existencia. Surge así la vida de fe, que conecta la oración con lo cotidiano, e impulsa a darse a los demás, a desplegar, en medio de la vida corriente, la riqueza de la propia vocación. De ahí la importancia de aprender o de enseñar a hacer oración. Como enseñaba san Josemaría, «muchas realidades materiales, técnicas, económicas, sociales, políticas, culturales..., abandonadas a sí mismas, o en manos de quienes carecen de la luz de nuestra fe, se convierten en obstáculos formidables para la vida sobrenatural: forman como un coto cerrado y hostil a la Iglesia. Tú, por cristiano —investigador, literato, científico, político, trabajador...—, tienes el deber de santificar esas realidades. Recuerda que el universo entero —escribe el Apóstol— está gimiendo como en dolores de parto, esperando la liberación de los hijos de Dios»²².

En Moisés, en suma, se manifiesta de modo especial la relación entre fe, fidelidad y eficacia. Moisés es fiel y eficaz porque el Señor está cerca de él, y el Señor está cerca porque Moisés no rehúye su mirada y le plantea sus dudas, temores, insuficiencias, con sinceridad. Incluso cuando todo parece perdido, como cuando el pueblo recién salvado fabrica un becerro de oro para adorarlo, la confianza de Moisés con su Señor le llevará a interceder por el pueblo, y el pecado se convierte en ocasión de un nuevo comienzo, que manifiesta con más fuerza la misericordia de Dios²³. Porque Dios «jamás se cansa de perdonar, pero nosotros, a veces, nos cansamos de pedir perdón»²⁴.

Como hemos venido comentando, la carta a los Hebreos señala los momentos de mayor relieve donde resplandece la fe de Moisés. Pero podríamos recorrer toda su vida y advertir muchos otros episodios:

obedeció también, por ejemplo, cuando subió al Sinaí para recoger las tablas de la Ley, y cuando estableció y ratificó la alianza de Dios con su pueblo. El elogio más certero y breve lo encontramos al final del libro del Deuteronomio: «No ha vuelto a surgir en Israel un profeta como Moisés, a quien el Señor trataba cara a cara»²⁵.

La vida de Moisés estuvo marcada por su vocación inseparablemente unida a su misión: Dios llama a Moisés a liberar a su pueblo y a conducirlo «a una tierra buena y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel»²⁶. La liberación de Israel encomendada a Moisés prefiguraba la redención cristiana, verdadera liberación. Jesucristo es quien, con su muerte y resurrección, ha rescatado al hombre de aquella esclavitud radical que es el pecado, abriéndole el camino hacia la verdadera Tierra prometida, el Cielo. El antiguo éxodo se cumple ante todo dentro del hombre mismo, y consiste en acoger la gracia. El hombre viejo deja el puesto al hombre nuevo; la vida anterior queda atrás, se puede caminar en una vida nueva²⁷. Y este éxodo espiritual es fuente de una liberación integral, capaz de renovar cualquier dimensión humana, personal y social. Si tomamos conciencia de nuestra vocación y ayudamos a nuestros amigos a tomar conciencia de la suya, llevaremos la liberación de Cristo a todos los hombres. Como nos dice el Santo Padre, debemos «aprender a salir de nosotros mismos para ir al encuentro de los demás, para ir hacia las periferias de la existencia»²⁸. «*Ignem veni mittere in terram*, fuego he venido a traer a la tierra»²⁹, decía el Señor hablando de su amor ardiente por los hombres. A lo que san Josemaría sentía la necesidad de contestar, pensando en el mundo entero: *Ecce ego: ¡aquí me tienes!*

SANTIAGO AUSÍN – JAVIER YÁNIZ

[Volver al índice](#)

III. DAVID

El rey David ocupa un puesto relevante en la Sagrada Escritura. A su vida se dedican más páginas que a la de ningún otro personaje del Antiguo Testamento, excepto Moisés. Él «es, por excelencia, el rey “según el corazón de Dios”, el pastor que ruega por su pueblo y en su nombre, aquél cuya sumisión a la voluntad de Dios, cuya alabanza y arrepentimiento serán modelo de la oración del pueblo»¹. Tras haber considerado el papel de la fe en la vida de Moisés y la profunda relación existente entre su confianza en Dios y el asumir con radicalidad la propia vocación, el ejemplo de David puede servirnos para apreciar, entre otros aspectos, cómo la vida de fe conlleva una actitud activa de confianza y abandono en las manos de Dios, un empeño por buscar sin desánimos la más cabal correspondencia a los designios divinos, un esfuerzo por recomenzar sin desaliento una y otra vez y con nuevo brío la lucha espiritual después de una caída en el pecado; sin que todo esto se confunda con un vago sentimiento de presunción en la valía personal o de superficial confianza en la misericordia divina.

En las manos de Dios

Los Libros de Samuel y Primero de Reyes² describen con gran realismo la historia de David: una vida llena de avatares, en la que el autor sagrado hace hincapié en que Dios siempre le asiste y que el hijo de Jesé se pone siempre confiadamente en las manos de Dios, acudiendo a Él especialmente en los momentos de mayor peligro. David se abandona completamente en las manos del Señor, con «la certeza de que, por más duras que sean las pruebas, difíciles los problemas y pesado el sufrimiento, nunca caeremos fuera de las manos de Dios, esas manos que nos han creado, nos sostienen y nos acompañan en el camino de la vida, porque las guía un amor infinito y fiel»³. Junto a esto, llama la atención la

manera en que en David se van cumpliendo los designios divinos. Es ungido rey por el profeta Samuel, porque el Señor lo eligió, a pesar de que en el momento histórico de su llamada era considerado el de menor valía entre sus hermanos, pues: «la mirada de Dios no es como la del hombre. El hombre mira las apariencias pero el Señor mira el corazón»⁴. La unción, ciertamente, no concedió por sí misma el trono a David: debió luchar —poniendo siempre su confianza en Dios— contra la oposición de Saúl y sobrellevar muchas contradicciones de todas partes antes de ser aclamado y ungido, primero como rey de Judá por su tribu y, siete años después, como rey de todo Israel»⁵, superando la resistencia de los partidarios de Isbaal, hijo de Saúl. Afirma entonces el texto bíblico que «David reconoció que el Señor lo había consolidado como rey de Israel y había encumbrado su realeza por amor de su pueblo Israel»⁶.

Si en un primer momento, por tanto, parecía que David llegaba al trono y establecía su reino por su valentía y astucia, en realidad, en su historia vemos cumplirse que «la actitud del hombre de fe es mirar la vida, con todas sus dimensiones, desde una perspectiva nueva: la que nos da Dios»⁷. La Sagrada Escritura nos permite apreciar además que Dios cuenta con las iniciativas y esfuerzos del hombre para realizar sus proyectos... ¿qué hubiera sucedido si David, hombre de fe, hubiera pensado que para recibir lo que Dios le había prometido bastaba con dejar pasar el tiempo, o simplemente esperar que el pueblo fuera a aclamarle?

Hay muchos momentos de la historia de David en los que podemos contemplar el ejemplo de su fe activa, que le mueve a hacer lo que debe y a confiar en que Dios está de su lado asegurándole el éxito. Un suceso bien conocido es su combate contra Goliat, aquel gigante del ejército filisteo de unos tres metros de altura y bien adestrado para la guerra. El texto bíblico se detiene en describir la corpulencia y la armadura del filisteo y lo desproporcionado que resultaba que David, hasta entonces un pastor de ganado, inexperto en la guerra, cuya única arma era su honda, se enfrentase a él. Pero el mayor contraste radicaba en realidad en la actitud que movía a ambos combatientes: la soberbia del filisteo, «que

desafía al ejército del Dios vivo»⁸, choca ante la fe de David, que sale al combate «en nombre del Señor de los ejércitos»⁹ convencido de que «el Señor, que me ha librado de las garras de leones y de osos, me librará también de la mano de ese filisteo»¹⁰.

Es esa fe la que mueve también a David a prepararse lo mejor que puede para el combate: toma como arma la honda, cuyo poder conoce bien, y selecciona cuidadosamente las piedras que va a lanzar. Los medios son desproporcionados frente al equipamiento del enemigo, pero con ellos conseguirá la victoria. Se cumplen aquí, cabalmente, esas palabras de san Josemaría: «Sirve a tu Dios con rectitud, sele fiel... y no te preocupes de nada: porque es una gran verdad que “si buscas el reino de Dios y su justicia, Él te dará lo demás —lo material, los medios— por añadidura”»¹¹. Por otra parte, la fe y confianza de David en el Señor le llevan a valerse de toda su pericia. Es una lección que deja al cristiano que debe sacar adelante las obras que Dios pone en sus manos: porque «el que vive sinceramente la fe, sabe que los bienes temporales son medios, y los usa con generosidad, de modo heroico»¹².

David actúa poniendo todos los medios a su alcance y abandona en las manos de Dios los resultados de su acción. Su fe en el Señor hace que no pierda el ánimo, incluso cuando las circunstancias adquieren tonos dramáticos: «Las diferentes perícopas de la Escritura, en sus múltiples alusiones, nos confirman que *inter médium móntium pertransíbunt aquæ* (Sal 103/104, 10). Esta certeza se opone hasta al menor atisbo de desaliento, aunque los obstáculos puedan llegar a las mismas cumbres; y ese camino es el oportuno para que nos lleguemos al Cielo, seguros de que las aguas divinas enjugan y también impulsan todas nuestras limitaciones para llegar a estar con Dios»¹³.

La humildad de saber volver a Dios

Al mismo tiempo, la vida de David refleja otro aspecto importante de ese saberse en las manos de Dios. La narración bíblica expone con detalle algunos graves pecados de David de los que, por su fe y confianza en Dios, logró purificarse alcanzando el perdón divino. En este sentido, tal vez el

episodio más conocido fue su gravísimo pecado de adulterio con Betsabé seguido del asesinato de Urías, su legítimo esposo¹⁴. Un pecado fruto de una voluntad apagada, que terminó por torcerse y oscurecer todo un amplio horizonte de gracias divinas recibidas.

El Segundo libro de Samuel refiere que estando por estallar la guerra contra los Amonitas, David envió a su ejército a combatir. Él, sin embargo, permaneció en Jerusalén. Poco a poco, el texto bíblico señala las circunstancias que condujeron a la caída moral de David: abandona su deber de dirigir el ejército, como era entonces habitual entre los reyes, prefiriendo permanecer holgadamente en la ciudad; trascurre ocioso la jornada, levantándose al atardecer y paseándose reposadamente por el terrado; descuida la mirada de un modo indiscreto e imprudente; acepta la tentación; envía mensajeros para informarse de la posibilidad de actuar su propósito; y finalmente comete el gravísimo pecado de adulterio. A todo esto siguió todavía otro pecado tal vez aún mayor: el proyectar meticulosamente la muerte del legítimo esposo de Betsabé, Urías el hitita, uno de sus oficiales más leales, valiente y generoso, enumerado entre el grupo de los grandes héroes del reino davídico en 2 *Sam* 23, 39.

El relato muestra paradigmáticamente la impresionante capacidad del corazón humano de hacer el mal no obstante las buenas disposiciones previamente existentes y la abundancia de dones divinos recibidos. David actúa de un modo inaudito si consideramos la fe que había mostrado en el pasado; pero dejó que la desidia y la sensualidad corrompieran su voluntad. La enseñanza que ofrece el texto sagrado es palmaria: cuando se descuida la búsqueda del bien y el progreso en la amistad con Dios, la voluntad tiende a torcerse hasta ensombrecer del todo la inteligencia, llevando al hombre a cometer los más delictuosos desmanes. Todos los cristianos podemos caer en este peligro; por eso San Josemaría dejó escrito: «No te asustes, ni te desanimes, al descubrir que tienes errores... ¡y qué errores! —Lucha para arrancarlos. Y, mientras luches, convéncete de que es bueno que sientas todas esas debilidades, porque, si no, serías un soberbio: y la soberbia aparta de Dios»¹⁵.

El profeta Natán constituirá el medio del que Dios se vale para sacar al rey de su triste situación. Natán se valdrá de una parábola de inusitada belleza, una de las primeras que encontramos en la Biblia, presentándola como un hecho real. El profeta expone el caso de un hombre rico que tenía ovejas y bueyes en abundancia pero que, para agasajar a un huésped, no queriendo hacer uso de sus haberes, quita a un hombre mísero de la ciudad lo único que tenía y amaba, una corderilla que era para él como una hija¹⁶. Ante la indignación de David, Natán le hará ver al rey que él era ese hombre rico, que había abusado de la confianza de Urías y le había despojado de su mayor bien. David no podrá menos que reconocer su grave pecado y la enorme injusticia que había cometido: «He pecado contra el Señor»¹⁷. Se ha de añadir que algo que llama particularmente la atención en la recriminación de Natán es la noble delicadeza, que no desdibuja la claridad, con que el profeta hizo comprender al rey el gravísimo mal que había cometido, moviéndolo así a una verdadera y sentida compunción.

Con sus palabras, Natán logra despertar la conciencia y la fe de David, y le anima a buscar el perdón divino, que se le otorga al confesar su pecado ante el Señor. Fue el inicio de una nueva existencia, que llevó al rey a acercarse aún más al Dios de Israel. Nos encontramos ante un ejemplo vivo de cómo en el camino hacia la santidad, si importante es luchar para no caer, más lo es el no quedarse en el suelo¹⁸. Según una antigua tradición, el dolor manifestado por David ante la conciencia de su pecado ha quedado reflejado en el *Sal* 50, conocido como el salmo *Miserere*. En esta plegaria, si por una parte el salmista reconoce con verdadero dolor el mal cometido, confiesa su pecado por lo que supone de ofensa a Dios y se dirige a Él pidiéndole que por su bondad y misericordia lo purifique¹⁹; por otra, muestra plenamente su confianza en la misericordia divina, pues reconoce que la gracia de Dios es más fuerte que su miseria²⁰, y hace una propósito firme y decidido: se compromete, como manifestación de su sincero arrepentimiento, a cambiar de vida y a enseñar a los hombres los caminos de Dios para que se conviertan²¹.

El Salmo refleja bien cuál debió de ser la disposición interior de David cuando percibió con claridad la magnitud de su pecado. No pensó que estuviera todo perdido. No dejó que su caída le mantuviera alejado de Dios, sino que le llevó a buscar la misericordia divina, sabiendo que era mucho más grande que su pecado, por terrible que fuera. Un ejemplo que ofrece la Escritura para nuestras vidas, para nuestras pequeñeces y debilidades, que la soberbia se empeña en hacer grandes. «En este torneo de amor no deben entristecernos las caídas, ni aun las caídas graves, si acudimos a Dios con dolor y buen propósito en el sacramento de la Penitencia. El cristiano no es un maníaco coleccionista de una hoja de servicios inmaculada»²². Tantas veces somos nosotros mismos, por así decir, los que no estamos dispuestos a perdonarnos, porque nos gustaría no fallar, ser perfectos, intachables.

El Señor nos quiere como somos. Por eso «Él siempre nos espera, nos ama, nos ha perdonado con su sangre y nos perdona cada vez que acudimos a Él a pedir el perdón»²³. Él es nuestro Padre, que nos conoce mejor que nosotros mismos y responde a nuestra debilidad con su infinita paciencia; de hecho, el camino hacia la santidad «es como un diálogo entre nuestra debilidad y la paciencia de Dios, es un diálogo que si lo hacemos, nos da esperanza»²⁴. Dios no quiere que pactemos con nuestras faltas: desea y nos ayuda para que caminemos por los caminos de la vida interior con garbo, con soltura, sin tener miedo a caer porque nos sabemos en sus manos, prontas a perdonarnos y a bendecirnos; porque sabemos que, si caemos, con su gracia que nunca nos faltará podemos volver a levantarnos y a caminar mejor que antes. Por eso, «la paciencia de Dios debe encontrar en nosotros la valentía de volver a Él, sea cual sea el error, sea cual sea el pecado que haya en nuestra vida»²⁵.

De todo esto nos da ejemplo David, que sabe ofrecer al Señor lo que Él más desea: «un corazón contrito»²⁶, amante, totalmente dirigido a él, que ponga en él su confianza. Todos los creyentes podemos volver hacia ese rey bíblico que, con todas sus debilidades, supo ser «un orante apasionado, un hombre que sabía lo que quiere decir suplicar y alabar»²⁷.

MIGUEL ÁNGEL TABET

[Volver al índice](#)

IV. EL PROFETA ELÍAS

Después de Abraham, Moisés y David, surge uno de los hombres más célebres del Antiguo Testamento: el profeta Elías, que el *Catecismo de la Iglesia Católica* designa como «padre de los profetas, “de la raza de los que buscan a Dios, de los que persiguen su Faz” (Sal 24, 6)»¹, y que, al igual que Moisés, gozó de una gran intimidad con el Señor. Su ejemplo nos puede servir para considerar una exigencia de la fe: la necesidad de dar culto exclusivamente al Señor. La vida de Elías —que «era un hombre de igual condición que nosotros»²— muestra cómo Dios auxilia a quienes acuden a Él mediante la oración, especialmente en las dificultades.

Que todo este pueblo sepa que tú, Yahveh, eres Dios

Elías el Tesbita vivió en el reino de Israel durante el siglo VIII a.C. Su nombre, que significa «mi Dios es Yahveh», sintetiza el aspecto central de su misión: recordar que Yahveh es el único verdadero Dios y que solo a Él se debe dar culto. Y hacerlo precisamente cuando el rey Ajab, por influencia de su mujer Jezabel, adoraba a un dios extranjero y el culto al verdadero Dios convivía con la idolatría³: «El pueblo adoraba a Baal, el ídolo tranquilizador del que se creía que venía el don de la lluvia, y al que por ello se atribuía el poder de dar fertilidad a los campos y vida a los hombres y al ganado. Aun pretendiendo seguir al Señor, Dios invisible y misterioso, el pueblo buscaba seguridad también en un dios comprensible y previsible, del que creía poder obtener fecundidad y prosperidad»⁴.

En esta situación, Dios elegirá a Elías para ser su portavoz frente a los hombres. El profeta anuncia a Ajab las consecuencias de su apostasía: «Vive el Señor, Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que durante estos años no habrá rocío ni lluvia, si no es por mi palabra»⁵.

Años más tarde, cuando los efectos de la sequía se han vuelto dramáticos⁶, el Señor envía de nuevo a Elías a presentarse ante el rey. El profeta pide a Ajab que reúna a todo Israel y a los profetas de Baal en el monte Carmelo. El rey accede, y entonces Elías lanza su desafío: «Solamente he quedado yo como profeta del Señor, mientras que los profetas de Baal son cuatrocientos cincuenta hombres. Traednos dos novillos: que ellos elijan uno, lo descuarticen y lo coloquen sobre la leña sin prenderle fuego; yo prepararé el otro, lo pondré sobre la leña y tampoco le prenderé fuego. Vosotros invocaréis el nombre de vuestro dios y yo invocaré el nombre del Señor. El dios que responda con el fuego, ése es el verdadero Dios»⁷. La propuesta está pensada para que todos puedan reconocer quién es el verdadero Dios, ya que el pecado del pueblo no consistía en haber olvidado completamente al Señor, sino en ponerlo junto a otro dios.

Las invocaciones de los numerosos profetas de Baal se prolongan por varias horas, pero no obtienen nada. En cambio, la oración de Elías encuentra una respuesta inmediata: cae fuego del cielo que consume el novillo, la leña e incluso el agua que el profeta había mandado derramar en abundancia sobre la víctima del sacrificio. Ante la evidencia, el pueblo exclama unánime, rostro en tierra: «¡el Señor es el verdadero Dios!»⁸. El culto a Baal, dios de la lluvia, se ha revelado falso y la existencia de otros dioses fuera de Yahveh queda descartada.

Durante la confrontación, Elías se mueve con la seguridad de la fe, con el aplomo de quien sabe que se encuentra en manos de quien es más fuerte que la naturaleza y que los hombres. Las burlas que dirige a los profetas de Baal mientras invocan a su dios resultan bien elocuentes de su confianza en que el Señor intervendrá en su favor: «grita con voz más fuerte, porque él es dios, pero quizá esté meditando, o tenga alguna necesidad, o esté de viaje, o a lo mejor está dormido y tiene que despertarse»⁹.

Con razón se puede llamar a Elías el profeta del primer mandamiento, que manda creer en Dios y adorarlo, amándolo sobre todas las cosas, sin

ir en pos de otros dioses¹⁰. Elías defiende la primera consecuencia del precepto: dar culto solo al Señor.

Explicaba Benedicto XVI: «Solo así Dios es reconocido por lo que es, Absoluto y Trascendente, sin la posibilidad de ponerlo junto a otros dioses, que lo negarían como absoluto, relativizándolo. Esta es la fe que hace de Israel el pueblo de Dios; es la fe proclamada en el conocido texto del *Shemá Israel*: “Escucha, Israel: el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (Dt 6, 4-5)»¹¹.

El hombre no puede poner al Dios único junto a otros dioses. Aunque hayan transcurrido muchos siglos y las circunstancias actuales resulten distintas de las del antiguo Israel, la tentación de quitar a Dios del lugar que le corresponde sigue tan presente como entonces.

Al descubrir en nuestra propia vida intereses, gustos o preocupaciones que tienden a ocupar el primer lugar en la cabeza o en el corazón, podemos pedir al Señor que avive nuestra fe y la vuelva realmente operativa, de modo que nada —ni una criatura, ni un pensamiento o deseo de nuestro propio yo— disminuya la dedicación total que debemos a Él.

Como nos recuerda el Papa Francisco, «cada uno de nosotros, en la propia vida, de manera consciente y tal vez a veces sin darse cuenta, tiene un orden muy preciso de las cosas consideradas más o menos importantes. Adorar al Señor quiere decir darle a Él el lugar que le corresponde; adorar al Señor quiere decir afirmar, creer —pero no simplemente de palabra— que únicamente Él guía verdaderamente nuestra vida; adorar al Señor quiere decir que estamos convencidos ante Él de que es el único Dios, el Dios de nuestra vida, el Dios de nuestra historia»¹².

La actuación de Elías nos anima también a ser valientes a la hora de dar testimonio público de nuestra fe, ante los intentos —viejos, pero que se renuevan continuamente— de reducir la religión a una cuestión

privada. Se pretende excluir de la vida social toda referencia a Dios, como si hablar de Él ofendiera algunas sensibilidades.

A Elías no le basta su propia fidelidad al Señor. En el monte Carmelo reza para que todo Israel sepa que Yahveh es el verdadero Dios, que convierte los corazones¹³. La fe no puede quedar encerrada: «nace de la escucha, y se refuerza con el anuncio»¹⁴, «implica un testimonio y un compromiso público. El cristiano no puede pensar nunca que creer es un hecho privado»¹⁵.

¡Toma mi vida, pues yo no soy mejor que mis padres!

Tras el holocausto del Carmelo, el pueblo reconoce que Yahveh es Dios. Poco después, el rey será testigo de cómo el profeta consigue del Señor el fin de la sequía¹⁶. Pero en el momento que podría considerarse el mayor triunfo de Elías, su historia sufre un vuelco inesperado: la esposa del rey, indignada por lo que ha hecho, se propone ejecutarlo. Ante la amenaza, Elías tiene miedo y escapa, adentrándose en el desierto. Extenuado por la marcha y por la amargura que debía experimentar al verse abandonado frente al odio de la reina, deseó la muerte diciendo: «ya es demasiado, Señor, toma mi vida pues yo no soy mejor que mis padre»¹⁷.

Durante años, Elías ha sido el único testigo de Dios en Israel; además, se acaba de enfrentar a cuatrocientos cincuenta profetas de Baal delante de todo el pueblo y con la hostilidad del rey. Ahora, en cambio, se atemoriza ante las amenazas de Jezabel y huye lo más lejos que puede. ¿Dónde quedó su seguridad? ¿Ya no confía en el Señor, que lo ha acompañado hasta ahora con tantos prodigios?

También hay episodios en la vida de san Josemaría en que, como Elías, experimentó el miedo. Por ejemplo, la víspera del 2 de octubre de 1936. Eran los primeros meses de la guerra civil española, y nuestro Fundador se encontraba escondido en Madrid con otras personas, cuando les anunciaron un registro inminente que les podía acarrear el fusilamiento. Ante la proximidad de la muerte, sintió «de una parte, el gozo inmenso de ir a unirme definitivamente con la Trinidad; de otra, la claridad con que

Él me hacía ver que yo no valgo nada, no puedo nada y, por eso, temblaba con auténtico miedo»¹⁸.

Quizá nosotros no hemos pasado por una situación tan extrema, pero puede que hayamos experimentado el descorazonamiento, tal vez al recibir una mala noticia, o ante un aparente fracaso apostólico, o al comprobar la magnitud de la propia miseria. Sin embargo, Dios conoce mejor que nosotros lo poco que somos: solo nos pide «la humildad de reconocerlo, y la lucha para rectificar, para servirle cada día mejor, con más vida interior, con una oración continua, con la piedad y con el empleo de los medios adecuados para santificar tu trabajo»¹⁹.

Como a Elías, las circunstancias adversas deben llevarnos a invocar confiada y sinceramente al Señor. Es el momento de ejercer la virtud de la fe, que, unida a la esperanza, resulta más necesaria a la hora de la soledad y del aparente fracaso que a la hora del triunfo y de la aclamación popular. La oración de Elías en ese momento de desaliento fue una oración grata a Dios, porque venía de un corazón sincero y humilde, que ardía de celo por las cosas del Señor y aceptaba todo lo que de Él pudiera venir. Y ante esa plegaria, no tarda en llegar la respuesta: por dos veces Dios envía un ángel, que le despierta y manda que coma y beba. Elías «se levantó, comió y bebió; y con las fuerzas de aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el monte de Dios»²⁰.

Nuestro Señor no abandona nunca a quienes trabajan por su causa. Elías, el hombre de Dios, ha vivido de Él en todo momento: le ha sostenido en las adversidades, le ha ayudado a perseverar, le ha dado los medios que necesitaba para llevar a cabo su misión. A pesar de las dificultades y los altibajos, vemos su vida fecunda, serena, feliz. Los profetas de Baal, en cambio, recibían su alimento en la corte. Quizá pensaron que adulando a la reina, doblando la rodilla ante Baal, se aseguraban una vida tranquila. No fue así: es preferible sentarse a la mesa del Señor que a la de los ídolos; es mejor ser esclavo del Señor que esclavo del pecado²¹.

No hay mayor libertad para el hombre que la de reconocer su condición de criatura y adorar a Dios: ese es el remedio más eficaz contra todas las

idolatrías: «quien se inclina ante Jesús no puede y no debe postrarse ante ningún poder terreno, por más fuerte que sea. Los cristianos solo nos arrodillamos ante Dios»²².

JUAN CARLOS OSSANDÓN

[Volver al índice](#)

V. MARÍA, MODELO Y MAESTRA DE FE

Tras meditar sobre diversos aspectos de la fe a través de la contemplación de la vida de algunas de las grandes figuras del Antiguo Testamento —Abraham, Moisés, David y Elías—, seguimos recorriendo esta historia de nuestra fe también de la mano de los personajes del Nuevo Testamento, donde, con Cristo, la Revelación llega a su plenitud y cumplimiento: «En diversos momentos y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas. En estos últimos días nos ha hablado por medio de su Hijo»¹.

Icono perfecto de la fe

«Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley»². En la actitud de fe de la Santísima Virgen se ha concentrado toda la esperanza del Antiguo Testamento en la llegada del Salvador: «en María (...) se cumple la larga historia de fe del Antiguo Testamento, que incluye la historia de tantas mujeres fieles, comenzando por Sara, mujeres que, junto a los patriarcas, fueron testigos del cumplimiento de las promesas de Dios y del surgimiento de la vida nueva»³. Al igual que Abraham —«nuestro padre en la fe»⁴—, que dejó su tierra confiado en la promesa de Dios, María se abandona con total confianza en la palabra que le anuncia el Ángel, convirtiéndose así en modelo y madre de los creyentes. La Virgen, «icono perfecto de la fe»⁵, creyó que nada es imposible para Dios, e hizo posible que el Verbo habitase entre los hombres.

Nuestra Madre es modelo de fe. «Por la fe, María acogió la palabra del Ángel y creyó en el anuncio de que sería la Madre de Dios en la obediencia de su entrega (cfr. *Lc* 1, 38). En la visita a Isabel entonó su canto de alabanza al Omnipotente por las maravillas que hace en quienes se encomiendan a Él (cfr. *Lc* 1, 46-55). Con gozo y temblor dio a luz a su

único hijo, manteniendo intacta su virginidad (cfr. *Lc* 2, 6-7). Confiada en su esposo José, llevó a Jesús a Egipto para salvarlo de la persecución de Herodes (cfr. *Mt* 2, 13-15). Con la misma fe siguió al Señor en su predicación y permaneció con él hasta el Calvario (cfr. *Jn* 19, 25-27). Con fe, María saboreó los frutos de la resurrección de Jesús y, guardando todos los recuerdos en su corazón (cfr. *Lc* 2, 19.51), los transmitió a los Doce, reunidos con ella en el Cenáculo para recibir el Espíritu Santo (cfr. *Hch* 1, 14; 2, 1-4)»⁶.

La Virgen Santísima vivió la fe en una existencia plenamente humana, la de una mujer corriente. «Durante su vida terrena no le fueron ahorrados a María ni la experiencia del dolor, ni el cansancio del trabajo, ni el claroscuro de la fe. A aquella mujer del pueblo, que un día prorrumpió en alabanzas a Jesús exclamando: “bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron”, el Señor responde: “bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica” (*Lc* 11, 27-28). Era el elogio de su Madre, de su *fiat* (*Lc* 1, 38), del hágase sincero, entregado, cumplido hasta las últimas consecuencias, que no se manifestó en acciones aparatosas, sino en el sacrificio escondido y silencioso de cada jornada»⁷.

La Santísima Virgen «vive totalmente *de la y en* relación con el Señor; está en actitud de escucha, atenta a captar los signos de Dios en el camino de su pueblo; está inserta en una historia de fe y de esperanza en las promesas de Dios, que constituye el tejido de su existencia»⁸.

Maestra de fe

Por la fe, María penetró en el Misterio de Dios Uno y Trino como no le ha sido dado a ninguna criatura, y, como «madre de nuestra fe»⁹, nos ha hecho partícipes de ese conocimiento. «Nunca profundizaremos bastante en este misterio inefable; nunca podremos agradecer suficientemente a Nuestra Madre esta familiaridad que nos ha dado con la Trinidad Beatísima»¹⁰.

La Virgen es maestra de fe. Todo el despliegue de la fe en la existencia tiene su prototipo en Santa María: el compromiso con Dios y el

conformar las circunstancias de la vida ordinaria a la luz de la fe, también en los momentos de oscuridad. Nuestra Madre nos enseña a estar totalmente abiertos al querer divino «incluso si es misterioso, también si a menudo no corresponde al propio querer y es una espada que traspasa el alma, como dirá proféticamente el anciano Simeón a María, en el momento de la presentación de Jesús en el Templo (cfr. *Lc* 2, 35)»¹¹. Su plena confianza en el Dios fiel y en sus promesas no disminuye, aunque las palabras del Señor sean difíciles o aparentemente imposibles de acoger.

Por eso, «si nuestra fe es débil, acudamos a María»¹². En la oscuridad de la Cruz, la fe y la docilidad de la Virgen dan un fruto inesperado. «En Juan, Cristo confía a su Madre todos los hombres y especialmente sus discípulos: los que habían de creer en Él»¹³. Su maternidad se extiende a todo el Cuerpo Místico del Señor. Jesús nos da como madre a su Madre, nos pone bajo su cuidado, nos ofrece su intercesión. Por ese motivo la Iglesia invita constantemente a los fieles a dirigirse con particular devoción a María.

Nuestra fragilidad no es obstáculo para la gracia. Dios cuenta con ella, y por eso nos ha dado una madre. «En esta lucha que los discípulos de Jesús han de sostener —todos nosotros, todos los discípulos de Jesús debemos sostener esta lucha—, María no les deja solos; la Madre de Cristo y de la Iglesia está siempre con nosotros. Siempre camina con nosotros, está con nosotros (...), nos acompaña, lucha con nosotros, sostiene a los cristianos en el combate contra las fuerzas del mal»¹⁴.

De la escuela de la fe, la Virgen es la mejor maestra, pues siempre se mantuvo en una actitud de confianza, de apertura, de visión sobrenatural, ante todo lo que sucedía a su alrededor. Así nos la presenta el Evangelio: «María guardaba todas estas cosas ponderándolas en su corazón»¹⁵. Procuremos nosotros imitarla, tratando con el Señor, en un diálogo enamorado, de todo lo que nos pasa, hasta de los acontecimientos más menudos. No olvidemos que hemos de pensarlos, valorarlos, verlos con ojos de fe, para descubrir la Voluntad de Dios»¹⁶. Su camino de fe, aunque en modo diverso, es parecido al de cada uno de nosotros: hay

momentos de luz, pero también momentos de cierta oscuridad respecto a la Voluntad divina: cuando encontraron a Jesús en el Templo, María y José «no comprendieron lo que les dijo»¹⁷. Si, como la Virgen, acogemos el don de la fe y ponemos en el Señor toda nuestra confianza, viviremos cada situación *cum gaudio et pace* —con el gozo y la paz de los hijos de Dios—.

Imitar la fe de María

«Así, en María, el camino de fe del Antiguo Testamento es asumido en el seguimiento de Jesús y se deja transformar por él, entrando a formar parte de la mirada única del Hijo de Dios encarnado»¹⁸. En la Anunciación, la respuesta de la Virgen resume su fe como compromiso, como entrega, como vocación: «he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra»¹⁹. Como Santa María, los cristianos debemos vivir «de cara a Dios, pronunciando ese *fiat mihi secundum verbum tuum* (...) del que depende la fidelidad a la personal vocación, única e intransferible en cada caso, que nos hará ser cooperadores de la obra de salvación que Dios realiza en nosotros y en el mundo entero»²⁰.

Pero, ¿cómo responder siempre con una fe tan firme como María, sin perder la confianza en Dios? Imitándola, tratando de que en nuestra vida esté presente esa actitud suya de fondo ante la cercanía de Dios: no experimenta miedo o desconfianza, sino que «entra en íntimo diálogo con la Palabra de Dios que se le ha anunciado; no la considera superficialmente, sino que se detiene, la deja penetrar en su mente y en su corazón para comprender lo que el Señor quiere de ella, el sentido del anuncio»²¹. Al igual que la Virgen, procuremos reunir en nuestro corazón todos los acontecimientos que nos suceden, reconociendo que todo proviene de la Voluntad de Dios. María mira en profundidad, reflexiona, pondera, y así entiende los diferentes acontecimientos desde la comprensión que solo la fe puede dar. Ojalá fuera esa —con la ayuda de nuestra Madre— nuestra respuesta.

Imitar a María, dejar que nos lleve de la mano, contemplar su vida nos conduce también a suscitar en quienes tenemos alrededor —familiares y

amigos— esa mayor apertura a la luz de la fe: con el ejemplo de una vida coherente, con conversaciones personales, de amistad y confianza, con la necesaria doctrina, para facilitarles el encuentro personal con Cristo a través de los sacramentos y las prácticas de piedad, en el trabajo y en el descanso. «Si nos identificamos con María, si imitamos sus virtudes, podremos lograr que Cristo nazca, por la gracia, en el alma de muchos que se identificarán con El por la acción del Espíritu Santo. Si imitamos a María, de alguna manera participaremos en su maternidad espiritual. En silencio, como Nuestra Señora; sin que se note, casi sin palabras, con el testimonio íntegro y coherente de una conducta cristiana, con la generosidad de repetir sin cesar un *fiat* que se renueva como algo íntimo entre nosotros y Dios»²².

* * *

Mirando a María, pidámosle que nos ayude a vivir de fe y reconocer a Jesús presente en nuestras vidas: fe en que nada es comparable con el Amor de Dios que nos ha sido donado; fe en que no hay imposibles para el que trabaja por Cristo y con Él en su Iglesia; fe en que todos los hombres pueden convertirse a Dios; fe en que pese a las propias miserias y derrotas podemos rehacernos totalmente con su ayuda y la de los demás; fe en los medios de santidad que Dios ha puesto en su Obra, en el valor sobrenatural del trabajo y de las cosas pequeñas; fe en que podemos reconducir este mundo a Dios si vamos siempre de su mano. En definitiva, fe en que Dios pone a cada uno en las mejores circunstancias —de salud o de enfermedad, de situación personal, de ámbito laboral, etc. — para que lleguemos a ser santos, si correspondemos con nuestra lucha diaria.

«Jesucristo pone esta condición: que vivamos de la fe, porque después seremos capaces de remover los montes. Y hay tantas cosas que remover... en el mundo y, primero, en nuestro corazón. ¡Tantos obstáculos a la gracia! Fe, pues; fe con obras, fe con sacrificio, fe con humildad. Porque la fe nos convierte en criaturas omnipotentes: “y todo cuanto pidieréis en la oración, como tengáis fe, lo alcanzaréis” (Mt 21, 22)»²³. Impulsados por la fuerza de la fe, decimos a Jesús: «¡Señor, creo!

¡Pero ayúdame, para creer más y mejor! Y dirigimos también esta plegaria a Santa María, Madre de Dios y Madre Nuestra, Maestra de fe: *¡bienaventurada tú, que has creído!, porque se cumplirán las cosas que se te han anunciado de parte del Señor (Lc 1, 45)»²⁴. «¡Madre, ayuda nuestra fe!»²⁵.*

FRANCISCO SUÁREZ – JAVIER YÁNIZ

[Volver al índice](#)

VI. LA FE DEL CENTURIÓN

Cuenta san Lucas que, terminado el sermón de la montaña, Nuestro Señor entró en Cafarnaún. «Había allí un centurión que tenía un siervo enfermo, a punto de morir, a quien quería mucho. Habiendo oído hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos para rogarle que viniera a curar a su siervo»¹. La escena es encantadora: en el comienzo de la vida pública del Señor, durante el ministerio en Galilea, he aquí que le llega una embajada solicitándole un milagro. La envía un centurión —una persona importante en la ciudad—, que tiene un siervo gravemente enfermo para pedirle su curación.

El envío de esos mensajeros es fruto de un sentimiento de indignidad por parte del centurión: no se consideraba digno de presentarse ante Jesús, ni de que Jesús entrase en su casa, que era la casa de un «gentil». Todo hace pensar que aquel oficial se había formado un alto concepto de la dignidad de Jesús y que conocía las costumbres y leyes del pueblo judío en lo referente al trato con los «gentiles». Por esta razón, cuando sabe que Jesús viene hacia la casa, envía una segunda embajada pidiéndole que *no se moleste* en llegar hasta ella. Los enviados se lo comunican al Señor con unas palabras que la Iglesia evoca a diario en la liturgia de la Santa Misa: «*Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum, sed tantum dic verbo...*»². Señor, «no soy digno de que entres en mi casa (...). Pero dilo de palabra y mi criado quedará sano»³. El Señor alaba esta actitud y exclama ante la multitud que le acompaña: «Os digo que ni siquiera en Israel he encontrado una fe tan grande»⁴. Cuando los enviados vuelven a la casa, ya está curado el siervo. San Lucas recalca que Jesús *se admiró* de la humildad y de la fe del centurión. Esta vez ha sido un «gentil», es decir, alguien no perteneciente al pueblo escogido, el que ha dado ejemplo de «fe», llenando de alegría al Señor.

Un obsequio razonable

Jesús ha calificado como *fe* el comportamiento del centurión que tiene muchas facetas: la confianza absoluta en el poder del Señor, la sencilla manifestación de humildad, la confesión pública de su dignidad. Todo sucede ante la multitud que rodea al Señor, sin que el militar se recate de confesar su «indignidad» y de mostrar su fe. Jesús alaba la decisión del centurión, en la que van unidas la humildad y la confianza en su Persona junto con el reconocimiento de que Él viene de parte de Dios. Estas son las disposiciones que la Iglesia desea suscitar en nosotros al pedir que, inmediatamente antes de acercarnos a recibir la Sagrada Comunión, nos dirijamos al Señor con esas palabras, aumentando así nuestras disposiciones de fe, de humildad y de confianza.

El centurión ha oído hablar de Jesús y de su poder de curar; quizás han llegado hasta sus oídos algunas palabras pronunciadas por el Señor en el Sermón del Monte, o quizás también alguien le haya contado algún milagro. En cualquier caso, no ha podido escuchar todavía noticias de muchas cosas, pues nos encontramos en el comienzo de la vida pública. Y sin embargo, lo poco que le ha llegado ha sido suficiente para hacerle creer y confiar en Jesús; algo le ha dado a su corazón motivo suficiente para creer en su poder, incluso para entrever la «dignidad» del Señor.

La fe es un «obsequio razonable» a Dios, pues se apoya en unos motivos que hacen razonable el creer, más aún, que nos dicen que debemos creer, pues, junto con la gracia de Dios, se nos han dado signos suficientes que nos indican que debemos fiarnos de Él. No creemos en el absurdo, sino en algo que está por encima de nuestra inteligencia. Y creemos, porque se nos dan razones suficientes para hacer el paso hacia la fe de manera razonable y honesta. La fe no sería un obsequio que el hombre ofrece a Dios, si no tuviese esas dos características: Dios quiere la adhesión de nuestra inteligencia a su palabra, no la anulación de la razón; quiere su apertura a la verdad, no que se ciegue ante ella adhiriéndose al absurdo. Escribe san Ireneo, «como desde el principio el ser humano fue dotado del libre albedrío, Dios, a cuya imagen fue hecho, siempre le ha

dado el consejo de perseverar en el bien, que se perfecciona por la obediencia a Dios. Y no sólo en cuanto a las obras, sino también en cuanto a la fe, el Señor ha respetado la libertad y el libre albedrío del hombre... como se demuestra en las palabras de Jesús al centurión: Vete, que te suceda según tu fe»⁵.

La fe es un acto humano que perfecciona al hombre en cuanto tal, y esto no sería así, si le llevase a actuar contra su razón. La fe no es involución de la inteligencia, sino apertura a la verdad por el camino de la confianza en quien nos la propone. Esa confianza es esencial para que la fe sea razonable. En el caso de la fe teologal, se trata de una adhesión que se debe a Dios y sólo a Él. «La fe es ante todo una *adhesión personal* del hombre a Dios; es al mismo tiempo e inseparablemente *el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado*. En cuanto adhesión personal a Dios y a la verdad que Él ha revelado, la fe cristiana difiere de la fe en una persona humana. Es justo y bueno confiarse totalmente a Dios y creer absolutamente lo que Él dice»⁶: «es razonable tener fe en Él, cimentar la propia seguridad sobre su Palabra»⁷.

Un corazón sencillo

La fe es un *obsequio razonable* a Dios, pero la «racionalidad» de la fe no justifica lo que podría calificarse como un «corazón desconfiado», «un corazón duro», que necesita demasiados motivos para creer. Lo vemos en la actitud del Señor ante quienes no acababan de aceptar su Resurrección a pesar de los testimonios fiables que les llegaban. Cuenta san Marcos que el Señor «se apareció a los Once cuando estaban a la mesa y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no creyeron a los que lo habían visto resucitado»⁸, es decir, no habían dado crédito al testimonio de quienes vieron al Señor resucitado antes que ellos. El reproche por la *incredulidad y dureza* de corazón de estos discípulos es buena muestra de la importancia de un corazón abierto a la fe, y es un contrapunto ejemplar que destaca la figura del centurión en su *descomplicada* apertura a la fe.

Para creer, son de gran importancia la humildad y la sencillez del corazón, porque es en el corazón «donde nos abrimos a la verdad y al amor, y dejamos que nos toquen y nos transformen en lo más hondo»⁹. La fe compromete a la persona entera, pues es, antes que nada, *confianza* en Dios que se revela y confianza también en Aquel que ha ofrecido el testimonio de su palabra y de su vida, y lo sigue ofreciendo por medio de su Iglesia: Jesucristo. Esta *confianza*, esencial en la fe, implica no sólo la inteligencia, sino también el corazón, «precisamente porque la fe se abre al amor»¹⁰. Leemos en la *Carta a los Romanos*: «Porque si confiesas con tu boca “Jesús es el Señor”, y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, te salvarás. Porque con el corazón se cree para alcanzar la justicia, y con la boca se confiesa la fe para la salvación»¹¹.

La fe es *obsequio* a Dios, porque es *fiarse* de Él. El afán desmesurado de seguridad, que brota de una predisposición interior a la desconfianza, es un grave obstáculo para la fe, que tiene un doble carácter de don. Antes que nada es *don* de Dios al hombre, es gracia; después, es también respuesta del hombre a Dios, *donación* de sí mismo en una apertura confiada: «Para dar la respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio interior del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu, y *concede a todos gusto en aceptar y creer la verdad*. Y para que la inteligencia de la revelación sea más profunda, el mismo Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones»¹².

Todo es posible para el que cree

Es una fe llena de confianza la que hace posible los «milagros», especialmente en el apostolado. Ya lo anotó san Josemaría en *Camino*: «*Omnia possibilia sunt credenti* —Todo es posible para el que cree. —Son palabras de Cristo. —¿Qué haces, que no le dices con los apóstoles “*adauge nobis fidem!*” —¡auméntame la fe!?»¹³. Por este motivo, ante las dificultades, solía repetir: «—*Ecce non est abbreviata manus Domini* — ¡El brazo de Dios, su poder, no se ha empequeñecido!»¹⁴. Y en otra ocasión, escribía: «Que eres... nadie. —Que otros han levantado y

levantan ahora maravillas de organización, de prensa, de propaganda. — ¿Que tienen todos los medios, mientras tú no tienes ninguno?... Bien: acuérdate de Ignacio: Ignorante, entre los doctores de Alcalá. —Pobre, pobrísimo, entre los estudiantes de París. —Perseguido, calumniado... Es el camino: ama, cree y ¡sufre!: tu Amor y tu Fe y tu Cruz son los medios infalibles para poner por obra y para eternizar las ansias de apostolado que llevas en tu corazón»¹⁵.

Son palabras escritas por san Josemaría en los comienzos del Opus Dei, en medio de unas circunstancias a veces humanamente duras, que parecían hacer imposible lo que Dios le pedía. Sus palabras y su ejemplo pueden servirnos cuando el peso de nuestra debilidad se haga especialmente patente, y parezca que lo que Dios pide a cada uno es poco menos que imposible. En esos momentos, es necesario atender a nuestro corazón y pedir al Señor un *corazón sencillo*, que no exige seguridades humanas, un corazón como el del centurión de Cafarnaún. Un corazón que, por estar abierto a Dios, es capaz de entregarse generosamente a los demás con la certeza que da la fe en el amor de Dios y con la seguridad que da la esperanza.

LUCAS FRANCISCO MATEO SECO

[Volver al índice](#)

VII. SAN PEDRO Y EL CAMINO DE LA FE

En el capítulo anterior considerábamos cómo la vida de la Santísima Virgen es modelo de fe para todo cristiano, pues su existencia estuvo siempre orientada a Dios y a poner por obra su Voluntad. Además, «guardando todos los recuerdos en su corazón (cfr. *Lc* 2, 19.51), los transmitió a los Doce, reunidos con Ella en el Cenáculo para recibir el Espíritu Santo (cfr. *Hch* 1, 14; 2, 1-4)»¹. Alentados por el ejemplo y la cercanía de la Virgen, los apóstoles supieron dar un valiente y fructuoso testimonio de fe, propagando el Evangelio por el mundo entero.

Sin embargo, antes de ese momento, los apóstoles tuvieron que recorrer un largo camino y madurar en su fe. Mientras acompañaron al Señor por esta tierra, su generosidad —habían dejado todo por seguir a Jesús— era compatible con una fe débil o, a veces, excesivamente humana, como el Señor mismo les reprochó en ocasiones². Pongamos ahora nuestra mirada en los apóstoles y, especialmente, en san Pedro, cabeza del colegio apostólico, para acompañarle en su camino hacia la madurez de la fe. Será una nueva oportunidad para acoger la invitación perenne «a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo»³.

El camino de la fe

Leemos en el Evangelio que, después de la multiplicación de los panes, el Señor manda a los apóstoles «que se adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente»⁴. Los apóstoles, entonces, suben a una barca y empiezan a atravesar el mar de Tiberiades, dejando atrás al Señor, que se queda orando. La narración evangélica enfatiza esa separación que se produce entre Jesús y los discípulos: «mientras tanto, la barca ya se había alejado de tierra muchos estadios, sacudida por las olas, porque el viento le era contrario»⁵.

No resulta difícil imaginar la confusión de sentimientos que debía reinar en el corazón de los apóstoles. Acababan de presenciar un gran prodigio: dar de comer a más de cinco mil personas con sólo cinco panes y dos peces. Y el milagro se había realizado en sus propias manos, mientras distribuían la poca comida que tenían: había bastado obedecer a Jesús. Pero la alegría y euforia ante aquel evento se había desvanecido. Ahora, pocas horas más tarde, los apóstoles se encuentran sin Jesús y bregando contra una tempestad.

Jesús está, aparentemente, lejos. San Juan Crisóstomo comenta este pasaje señalando que, dejándoles ir por delante solos, Jesús quiere suscitar «en sus discípulos un mayor deseo y un continuo recuerdo de Él mismo»⁶. Hacerles entender que la lejanía física es solo una lejanía aparente, porque Él quiere —y puede!— estar siempre cerca de sus discípulos. Y por eso, «en la cuarta vigilia de la noche vino hacia ellos caminando sobre el mar»⁷. ¿Cómo era esto posible? ¿Quién podía caminar sobre el mar sino el que es creador del universo? Aquello de quien antiguamente anunciara el Espíritu Santo por medio del bienaventurado Job: «Él solo extendió la tierra y camina por las olas de los mares»⁸. Los de la barca se asustan, y empiezan a gritar «—¡Es un fantasma!»⁹: no esperan la aparición; aún no saben que Él quiere y puede estar junto a ellos, estén donde estén. Jesús entonces les calma: «—Tened confianza, soy yo, no tengáis miedo»¹⁰.

Es en ese momento en el que se manifiesta el carácter de Pedro. Al escuchar esas palabras, pide hacer algo que le es imposible por naturaleza: «—Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas»¹¹. La petición contrasta con el pánico que se había desencadenado poco antes en la barca, y muestra el amor y la fe del príncipe de los apóstoles. Quiere ir junto al Señor cuanto antes. Jesús, apoyándose en este deseo, le llama: «—Ven»¹². Eso es lo que Dios necesita de nosotros: un corazón pronto, deseoso. Aunque sea débil. Como ocurre con todas las cosas maravillosas que Dios hace en los hombres, necesita nuestro poco, como ocurrió con los panes y los peces.

El apóstol quiere llegar al Señor cuanto antes, sentirse seguro con Él, pero no sabe muy bien lo que pide. Su amor le lleva a lanzarse a las aguas, y empieza a caminar: pero pronto deja que el temor se apodere de su corazón, y empieza a hundirse¹³. ¿A qué se debió el cambio en su actitud? ¿por qué asustarse cuando vio que Jesús cumple su palabra, que está andando sobre el mar? El evangelio nos dice que el miedo surgió «al ver que el viento era muy fuerte»¹⁴, lo suficiente como para dudar de que pudiera mantenerse en pie sobre el mar tormentoso. Pedro teme caer y ahogarse, un temor que puede parecer absurdo visto que, de hecho, está haciendo algo imposible. Es como si Pedro perdiese de vista que el milagro solo es posible porque Jesús le ha llamado, que es Él quien le sostiene y le permite andar sobre las aguas. Necesita otras *seguridades*, también la de que será capaz de resistir, de que su fuerza natural es suficiente para resistir el viento. Y cuando toma conciencia de que esa confianza es infundada, deja de creer en la palabra de Jesús y comienza a hundirse.

En la vida del cristiano, una parte importante del camino hacia la madurez en la fe está en aprender a fiarse sólo de la palabra de Jesús, sin dejarnos empequeñecer por la conciencia de las propias limitaciones. «¿Has visto? —¡Con Él, has podido! ¿De qué te asombras? —Convéncete: no tienes de qué maravillarte. Confiando en Dios —iconfiando de veras! —, las cosas resultan fáciles. Y, además, se sobrepasa siempre el límite de lo imaginado»¹⁵, porque es Él quien hace las cosas «antes, más y mejor»¹⁶.

Sin embargo, a pesar de sus dudas, Pedro nos da una lección: su fe y su confianza pueden estar empañadas por el temor a las circunstancias, pero hace un último esfuerzo por lanzarse a los brazos de Jesús: «—¡Señor, sálvame!»¹⁷. Y Jesús responde al instante, le sujeta, le lleva a la barca¹⁸, «hace volver la calma sobre el mar. Y todos quedan llenos de estupor»¹⁹. Es el estupor que se siente frente a las maravillas de Dios; el alegre estupor que supone experimentar la acción de la gracia y del Espíritu Santo. Por lo tanto, como nos enseña el Papa, ante el pecado, la nostalgia y el miedo, es necesario «mirar al Señor, contemplar al Señor: somos

débiles pero debemos ser valientes en nuestra debilidad»²⁰, porque el Señor siempre nos espera. «Le basta una sonrisa, una palabra, un gesto, un poco de amor para derramar copiosamente su gracia sobre el alma del amigo»²¹. Al experimentar nuestra debilidad dirijámonos al Señor: «extiende tus manos desde lo alto: Sálvame, líbrame de las aguas caudalosas»²².

Sin desalentarnos

Pedro ha recibido una lección. Ha dudado, y al mismo tiempo ha descubierto que su amor y su fe no son tan fuertes como pensaba. Sólo con estas lecciones, el apóstol podrá conocerse mejor y darse cuenta de que su amor es imperfecto, de que aún piensa demasiado en sí mismo: «Los primeros Apóstoles, cuando el Señor los llamó, estaban junto a la barca vieja y junto a las redes rotas, remendándolas. El Señor les dijo que le siguieran; y ellos, *statim* —inmediatamente, *relictis omnibus* — abandonando todas las cosas, ¡todo!, le siguieron... Y sucede algunas veces que nosotros —que deseamos imitarles— no acabamos de abandonar todo, y nos queda un apego en el corazón, un error en nuestra vida, que no queremos cortar, para ofrecérselo al Señor»²³.

«¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?»²⁴. A pesar de las patentes limitaciones de los hombres, Cristo estimula, con su presencia, con sus palabras y con sus obras, el amor y la fe de aquellos a los que luego enviaría por todo el mundo. En Cesárea de Filipo, Pedro confiesa claramente que Jesús es el Mesías prometido y que es el Hijo de Dios: «tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo»²⁵. Pero conviene considerar que, «cuando confesó su fe en Jesús, no lo hizo por sus capacidades humanas, sino porque había sido conquistado por la gracia que Jesús irradiaba, por el amor que sentía en sus palabras y veía en sus gestos: ¡Jesús era el amor de Dios en persona!»²⁶.

Sin embargo, la confesión de Pedro no significa que su fe fuera ya perfecta. De hecho, poco después, vemos a Pedro queriendo alejar a Jesús de la Pasión²⁷, y ganándose por esto la recriminación del Maestro. La vida de fe siempre puede crecer. Pedro seguirá luchando contra el miedo,

contra una visión excesivamente humana de su misión, contra cierto desconocimiento del valor de la cruz y el sufrimiento. Hasta preguntará sobre una posible recompensa para quienes, como él, lo dejaron todo por seguir al Señor²⁸, se asustará en el Tabor e, incluso, renegará del Señor²⁹. En todos esos casos el Príncipe de los Apóstoles sabrá volver a Jesús. Aceptará sus reproches, buscará su mirada, confiará en su misericordia. La fe es un camino de humildad, que implica «confiarse a un amor misericordioso, que siempre acoge y perdona, que sostiene y orienta la existencia, que se manifiesta poderoso en su capacidad de enderezar lo torcido de nuestra historia»³⁰. La fe es conocimiento verdadero, luz, que también nos hace conscientes de la propia pequeñez, y destruye las falsas concepciones y los autoengaños. La fe nos hace humildes y sencillos: prepara esa materia prima que Dios necesita para hacernos santos, para que le ayudemos a transformar el mundo. Y así, «Pedro tiene que aprender que es débil y necesita perdón. Cuando finalmente se le cae la máscara y entiende la verdad de su corazón débil de pecador creyente, estalla en un llanto de arrepentimiento liberador. Tras este llanto ya está preparado para su misión»³¹.

Comprobar nuestra personal debilidad y darnos cuenta que nuestra fe no es tan fuerte como quisiéramos no debe preocuparnos. El Señor quiere todo nuestro corazón, y no le importa que sea débil. Dios se conforma con que le demos todo lo que le podemos dar. De algún modo, podríamos pensar que es precisamente esta la última lección que Jesús enseña a san Pedro. Tras la resurrección, el Señor sale al encuentro de los apóstoles junto al mar de Tiberiades. Y allí pregunta a Pedro por tres veces: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?»³². Las preguntas recordarían al apóstol su triple negación, y se entristecería ante la insistencia de Jesús, como si no se fiara ya de él. Pero al final entiende: a Jesús le basta el amor que Pedro es capaz de darle. Un amor quizá imperfecto —aunque debió de ser mucho más de lo que podemos imaginar, por la grandeza de corazón y de mente del pescador de Galilea—, pero Dios se adapta, por decirlo de algún modo, a la capacidad que cada uno tiene de amar, y eso es lo que nos hace capaces de seguir a Cristo hasta el final.

«Desde aquel día, Pedro «siguió» al Maestro con la conciencia clara de su propia fragilidad; pero esta conciencia no lo desalentó, pues sabía que podía contar con la presencia del Resucitado a su lado. Del ingenuo entusiasmo de la adhesión inicial, pasando por la experiencia dolorosa de la negación y el llanto de la conversión, Pedro llegó a fiarse de ese Jesús que se adaptó a su pobre capacidad de amor. Y así también a nosotros nos muestra el camino, a pesar de toda nuestra debilidad. Sabemos que Jesús se adapta a nuestra debilidad. Nosotros lo seguimos con nuestra pobre capacidad de amor y sabemos que Él es bueno y nos acepta. Pedro tuvo que recorrer un largo camino hasta convertirse en testigo fiable, en “piedra” de la Iglesia, por estar constantemente abierto a la acción del Espíritu de Jesús»³³. Acudamos cada día a San Pedro, con más fe y admiración, para que interceda por nosotros: *Sancte Petre, ora pro nobis!*

JAVIER YÁNIZ

[Volver al índice](#)

VIII. MARTA Y MARÍA

Los evangelios recogen los recorridos de nuestro Señor por los senderos de Palestina. En esos trayectos fueron muchas las personas que se encontraron con Él. Algunos, tristemente, no supieron reconocer al Hijo de Dios en esa figura misericordiosa, amable y extraordinaria que les salía al encuentro. Otros, en cambio, creyeron en Él y supieron *acogerle*. Así lo hicieron las gentes de Galilea que habían visto los signos realizados por Jesús¹ y otros muchos cuyos nombres no han quedado recogidos en los evangelios. Pero de entre los que dijeron que sí a Cristo encontramos, por ejemplo, a los Doce, a Zaqueo, al centurión... En otros capítulos hemos considerado el ejemplo de fe que nos han dado algunas de estas personas. Ahora miraremos a Marta y María, que tuvieron la maravillosa fortuna de hospedar a nuestro Señor.

El recibimiento que Marta hace al Señor «en su casa»² es expresión y resultado de su fe en Él. Marta creyó en Jesús. Le abrió no solo las puertas de su vivienda, sino las de su corazón. Y como a Marta, el Señor llama también a los corazones de los hombres y mujeres de todos los tiempos, pidiendo entrar. La Palabra Eterna del Padre hecha Hombre sale al encuentro de sus hermanos los hombres buscando acogida. Por nuestra parte, solo hace falta recibirle por la fe, tal como enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*: la fe es la respuesta a Dios que se revela y se entrega al hombre³. La fe es abrir las puertas a Cristo, hospedarle en la propia casa, compartir la mesa con él, dejar que entre hasta lo más íntimo del alma. Así lo hizo la familia de Betania compuesta por Marta, María y Lázaro. Y a imitación de ellos, nosotros también podemos participar en la intimidad divina, pues «la fe nos hace gustar de antemano el gozo y la luz de la visión beatífica, fin de nuestro caminar aquí abajo», pues es «el comienzo de la vida eterna»⁴.

Fe con obras

La fe supone una confianza y un abandono en Dios que constituyen el comienzo de la justificación. Además, esta virtud lleva consigo el asentimiento a un conjunto de verdades que se proponen para ser creídas. A la vez, la fe, si es verdadera, «actúa por la caridad»⁵, manifestándose en detalles concretos de amor, porque el encuentro con Cristo «da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»⁶ a la vida cotidiana. La fe no «nos separa de la realidad, sino que nos permite captar su significado profundo, descubrir cuánto Dios ama a este mundo y cómo lo orienta incesantemente hacia sí; y esto lleva al cristiano a comprometerse, a vivir con mayor intensidad todavía el camino sobre la tierra»⁷. Marta acoge al Señor y manifiesta su fe y confianza en Él ocupándose de «las tareas de servir»⁸. No sólo cree en Jesús, sino que le deja entrar en su vida, reconociendo su señorío con obras y buscando con hechos concretos agasajar al Divino Huésped.

La actitud de Marta manifiesta que la respuesta a Dios no se queda solo en el plano intelectual, ni solo en el afectivo, sino que se reconoce también por los hechos. Una vez que la persona acoge a Dios que se revela, la fe afecta al conjunto de su ser y de su actuar. Por eso, las obras —realizadas también por amor— son necesarias para la salvación. Santiago, ante la posibilidad de que alguno pudiera decir que tiene fe y no obras, dice: «muéstrame tu fe sin obras, y yo por mis obras te mostraré la fe»⁹. Las obras cooperan en el crecimiento y aumento de la justificación¹⁰. Como enseña el *Catecismo*, «la fe permanece en el que no ha pecado contra ella. Pero, “la fe sin obras está muerta” (*St* 2, 26): Privada de la esperanza y de la caridad, la fe no une plenamente el fiel a Cristo ni hace de él un miembro vivo de su Cuerpo»¹¹.

Así como Cristo manifestó su amor al Padre con obras, los cristianos, como buenos hijos, debemos realizar y madurar nuestra condición filial en nuestro cumplimiento amoroso de la voluntad de Dios. No basta afirmar que creemos en Dios y nos abandonamos a su querer, si no lo ratificamos con hechos: si no acabamos bien nuestro trabajo por amor a

Él, si no sabemos sufrir por Él, si no tenemos detalles de delicadeza con los demás, si no aceptamos las enfermedades y contratiempos, si nos quejamos ante lo que nos disgusta... San Agustín, recogiendo esta doctrina, escribe: «todas tus obras se deben basar en la fe, porque “el justo vive de la fe y la fe obra por el amor”»¹². Las obras buenas, las acciones realizadas con esperanza y por amor, serán las que nos acompañen cuando debamos presentarnos ante el Altísimo. Esto es lo que enseña san Josemaría cuando habla de una «fe operativa»¹³, una fe que obra por el amor y se manifiesta en la vida cotidiana de las hijas e hijos de Dios.

Marta, aun cuando inicialmente se queja ante el Señor por la aparente inactividad de su hermana, es ejemplo de confianza y fe en Jesús. San Josemaría animaba a seguir su ejemplo, y a manifestar sinceramente al Señor «hasta las más pequeñas» inquietudes¹⁴. También para nosotros, la verdadera señal de que creemos y amamos a Dios serán las obras de amor: el cariño que ponemos en vivir una determinada práctica de piedad o una devoción cristiana, los detalles de caridad con la gente que nos rodea, el cuidado del trabajo, el interés en comprender y ayudar a las personas que tratamos, y un sin fin de acciones que llenan nuestra jornada. Todas esas actividades deben reflejar nuestra fe, porque estarán iniciadas y acabadas por el amor a Dios y al prójimo. Los hechos concretos realizados por amor confirmarán la autenticidad de lo que creemos, de que la fe obra en nosotros por la caridad.

Fe que adora

Ciertamente, las obras no deben sofocar la fe. Ese es el riesgo del activismo, del hacer por hacer, del dejarse llevar por un torbellino de gestiones. Jesús reprochó a Marta el olvidarse de lo más importante: «Tú te preocupas y te inquietas por muchas cosas. Pero una sola cosa es necesaria»¹⁵. Es una enseñanza que también recuerda el Señor cuando advierte del peligro de centrarse en las necesidades materiales más inmediatas: «Por todas esas cosas se afanan las gentes del mundo. Bien sabe vuestro Padre que estáis necesitados de ellas. Buscad más bien su

Reino, y esas cosas se os añadirán»¹⁶. El peligro de *afanarse en muchas cosas*, del hacer, del activismo, está siempre al acecho.

Por eso, la actividad que desempeñamos, y que queremos que esté entretejida de obras de amor a Dios, tiene necesidad de la escucha atenta y contemplativa de la Palabra divina. Así lo manifiesta María, quien, «sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra»¹⁷. Es fácil imaginarse la escena: María mirando sin pestañear a Jesús y embebiéndose en sus palabras. Por eso, la Tradición de la Iglesia ha visto en ella una imagen de la vida contemplativa. San Josemaría animaba a tratar a Jesús en la oración como lo hacía María, *ensimismándonos* como ella, que estaba «pendiente de las palabras de Jesús»¹⁸.

Si la fe sin obras está muerta, la fe que no se alimenta de la adoración languidece. Nuestra jornada, desde la mañana a la noche, está repleta de múltiples ocupaciones: de un trabajo absorbente y exigente, de la atención a la familia, del trato con nuestros amigos. Pero si queremos que todas esas actividades sean un encuentro con el Señor, necesitamos unos momentos del día para «sentarnos», como María, en la presencia de Dios, para arrodillarnos ante el Señor y adorarle; queremos que en ese tiempo no haya nada que pueda distraernos de la contemplación, de mirar y escuchar atentamente al Señor. «Antes que cualquier actividad y que cualquier cambio del mundo, debe estar la adoración. Sólo esta nos hace verdaderamente libres, sólo esta nos da los criterios para nuestra acción. Precisamente en un mundo en el que progresivamente se van perdiendo los criterios de orientación y existe el peligro de que cada uno se convierta en su propio criterio, es fundamental subrayar la adoración»¹⁹.

La fe, pues, lleva a la adoración, conduce a anticipar lo que será nuestra vida con Dios para siempre en los cielos, a querer realizar aquí en la tierra lo que los ángeles hacen en el Cielo dando gloria a Dios. La fe que adora nos lleva a postrarnos ante Dios y a desear unirnos a Él. Por eso, la fe, que es confianza y adhesión a Dios, encuentra un momento culminante en la adoración eucarística. Esa fue también la enseñanza de san Josemaría: «Dios Nuestro Señor necesita que le repitáis, al recibirlo cada mañana:

¡Señor, creo que eres Tú, creo que estás realmente oculto en las especies sacramentales! ¡Te adoro, te amo! Y, cuando le hagáis una visita en el oratorio, repetídselo nuevamente: ¡Señor, creo que estás realmente presente! ¡Te adoro, te amo! Eso es tener cariño al Señor. Así le querremos más cada día. Luego, continuad amándolo durante la jornada, pensando y viviendo esta consideración: voy a acabar bien las cosas por amor a Jesucristo que nos preside desde el tabernáculo»²⁰. Se entiende por eso que el fundador de Opus Dei se refiriera al sagrario como Betania y animara a quienes le oían a «meterse en él»²¹. Por la fe en el Señor sacramentado podemos *introducirnos* en el sagrario y pregustar la visión de Dios, y esa actitud de adoración nos permite estar pendientes de Él hasta lograr una unión de amor que se manifiesta en todas las actividades del día.

* * *

Cuando en una ocasión le anunciaron a Jesús que su Madre y sus parientes deseaban verle, Él en respuesta les dijo: «mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la cumplen»²². La escena de Betania ratifica esta enseñanza. Escucharle como María y cumplir lo que dice como Marta encarna la fe de los que pertenecen a la familia de Dios. Mediante la escucha de la Palabra y el esfuerzo por ponerla en práctica seremos miembros vivos de la Iglesia y, con la gracia de Dios, llegaremos a la meta: «Para vivir, crecer y perseverar hasta el fin en la fe debemos alimentarla con la Palabra de Dios; debemos pedir al Señor que la aumente (cfr. *Mc* 9, 24; *Lc* 17, 5; 22, 32); debe «actuar por la caridad» (*Gal* 5, 6; cfr. *St* 2, 14-26), ser sostenida por la esperanza (cfr. *Rom* 15, 13) y estar enraizada en la fe de la Iglesia»²³. Y si en alguna ocasión nos puede parecer difícil o no sabemos bien cómo hacerlo, encontraremos ejemplo y ayuda en Nuestra Madre Santa María. Ella fue quien con más atención escuchó la Palabra de Dios y quien, con su *fiat*, más fielmente la puso en práctica. En Ella en todo momento la fe actuó por el amor.

JUAN CHAPA

[Volver al índice](#)

Introducción

¹ San Josemaría, *Forja*, n. 235.

² Francisco, Carta enc. *Lumen fidei*, 29-VI-2013, n. 8.

³ Cfr. *Lc* 1, 48.

⁴ Francisco, Exhort. apost. *Evangelii gaudium*, 24-XI-2013, n. 121.

⁵ San Josemaría, *Camino*, n. 575.

I

¹ Gn 12, 1-2.

² Gn 17, 5.

³ *Biblia de Navarra* (tomo I, 1997), comentario a Gn 17, 5.

⁴ Cfr. Gn 18-19.

⁵ San Josemaría, *Camino*, n. 471.

⁶ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2570.

⁷ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 144.

⁸ Hb 11, 1.

⁹ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 145.

¹⁰ Gn 22, 2.

¹¹ Gn 22, 12-14.

¹² San Josemaría, *Carta 24-XII-1951*, n. 3, en A. Vázquez de Prada, *El fundador del Opus Dei*, vol. 3, Rialp, Madrid 2003, p. 171.

¹³ Hb 10, 23.

¹⁴ Cfr. Rm 4, 18.

¹⁵ Francisco, Audiencia general, 10-IV-2013.

¹⁶ Gn 22, 8.

¹⁷ Francisco, Audiencia general, 3-IV-2013.

II

¹ San Josemaría, *Forja*, n. 51.

² *Hb* 11, 27-29.

³ *Rm* 4, 11.

⁴ Benedicto XVI, Motu proprio *Porta fidei*, 11-X-2011, n. 11.

⁵ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 46.

⁶ *Hb* 11, 23.

⁷ Cfr. *Ex* 2, 1-10.

⁸ *Hb* 11, 24-26.

⁹ San Josemaría, *Camino*, n. 194.

¹⁰ *Ex* 2, 24.

¹¹ *Ex* 3, 1-4.

¹² *Ex* 3, 4.

¹³ *Is* 43, 1.

¹⁴ San Josemaría, *Camino*, n. 984. Cfr. P. Rodríguez (cur.), *Camino. Edición crítico-histórica*, comentario al número.

¹⁵ *Ex* 3, 6.

¹⁶ *Ex* 3, 14.

¹⁷ *Ex* 3, 11.

¹⁸ Cfr. *Ex* 4, 1-9.

¹⁹ Cfr. *Gn* 28, 15; *Jos* 1, 5; etc.

²⁰ *Hb* 11, 28-29.

²¹ Cfr. *Hb* 11, 1.

²² San Josemaría, *Surco*, n. 311.

²³ Cfr. *Ex* 33, 1-17.

²⁴ Francisco, Palabras en el Ángelus, 17-III-2013.

²⁵ *Dt* 34, 10.

²⁶ *Ex* 3, 8.

²⁷ Cfr. *Rm* 6, 4.

²⁸ Francisco, Audiencia, 27-III-2013.

²⁹ *Lc* 12, 49.

III

¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2579.

² Cfr. concretamente de *1 Sam* 16 a *1 Re* 2, 12. Cfr. también *1 Cr* 10-29 y *Sir* 7, 1-11.

³ Benedicto XVI, Audiencia general, 15-II-2012.

⁴ *1 Sam* 16, 7.

⁵ Cf *2 Sam* 2, 4; 5, 3.

⁶ *2 Sam* 5, 12.

⁷ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 46.

⁸ *1 Sam* 17, 26. 36.

⁹ *1 Sam* 17, 46.

¹⁰ *1 Sam* 17, 37.

¹¹ San Josemaría, *Camino*, n. 472.

¹² San Josemaría, *Forja*, n. 525.

¹³ Mons. Javier Echevarría, *Carta pastoral con ocasión del «Año de la fe»*, 29-IX-2012, n. 6.

¹⁴ Cfr. *2 Sam* 11.

¹⁵ San Josemaría, *Forja*, n. 181.

¹⁶ Cfr. *2 Sam* 12, 1-14.

¹⁷ *2 Sam* 12, 14.

¹⁸ Cfr. Francisco, *El nombre de Dios es misericordia*, Planeta–Testimonio, Barcelona 2016, p. 72.

¹⁹ Cfr. *Sal* 50, 3-9.

²⁰ Cfr. *Sal* 51 (50), 9-14.

²¹ Cfr. *Sal* 51 (50), 15-18.

²² San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 75.

²³ Francisco, *Regina coeli. Plaza de San Pedro. II Domingo de Pascua o de la Divina Misericordia*, 7 de abril de 2013.

²⁴ Francisco, *Homilía en la Basílica de San Juan de Letrán. II Domingo de Pascua o de la Divina Misericordia*, 7 de abril de 2013. Para la toma de posesión de la cátedra del Obispo de Roma.

²⁵ *Ibidem*.

²⁶ *Sal* 51 (50), 19.

²⁷ Benedicto XVI, *Audiencia general*, Plaza de san Pedro, 22 de junio de 2011.

IV

¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2582.

² *St* 5, 17.

³ Cfr. *1 Re* 16, 31.

⁴ Benedicto XVI, Audiencia general, 15-VI-2011.

⁵ *1 Re* 17, 1.

⁶ Cfr. *1 Re* 18, 5.

⁷ *1 Re* 18, 22-24.

⁸ *1 Re* 18, 39.

⁹ *1 Re* 18, 27.

¹⁰ Cfr. *Dt* 6, 14.

¹¹ Benedicto XVI, Audiencia general, 15-VI-2011.

¹² Francisco, Homilía, 14-IV-2013.

¹³ Cfr. *1 Re* 18, 37.

¹⁴ Francisco, Homilía, 14-IV-2013.

¹⁵ Benedicto XVI, Motu proprio *Porta fidei*, 11-X-2011, n. 10.

¹⁶ Cfr. *1 Re* 18, 41-46.

¹⁷ *1 Re* 19, 4.

¹⁸ Palabras de San Josemaría recogidas en J. Echevarría, *Memoria del Beato Josemaría*, p. 116.

¹⁹ San Josemaría, *Forja*, n. 379.

²⁰ *1 Re* 19, 8.

²¹ Cfr. Amigos de Dios, nn. 34-35.

²² Benedicto XVI, Homilía en la solemnidad del *Corpus Christi*, 22-V-2008.

V

¹ *Hb* 1, 1-2.

² *Gal* 4, 4.

³ Francisco, Carta enc. *Lumen fidei*, 29-VI-2013, n. 58.

⁴ Misal Romano, Plegaria eucarística I.

⁵ Francisco, Carta enc. *Lumen fidei*, 29-VI-2013, n. 58.

⁶ Benedicto XVI, Motu proprio *Porta fidei*, 11-X-2011, n. 13.

⁷ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 172.

⁸ Benedicto XVI, Audiencia general, 19-XII-2012.

⁹ Francisco, Carta enc. *Lumen fidei*, 29-VI-2013, n. 60.

¹⁰ San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 276.

¹¹ Benedicto XVI, Audiencia general, 19-XII-2012.

¹² San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 285.

¹³ San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 288.

¹⁴ Francisco, Homilía, 15-VIII-2013.

¹⁵ *Lc* 2, 19.

¹⁶ San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 285.

¹⁷ *Lc* 2, 50.

¹⁸ Francisco, Carta enc. *Lumen fidei*, 29-VI-2013, n. 58.

¹⁹ *Lc* 1, 38.

²⁰ San Josemaría, *Conversaciones*, n. 112.

²¹ Benedicto XVI, Audiencia general, 19-XII-2012.

²² San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 281.

²³ San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 203.

²⁴ San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 204.

²⁵ Francisco, Carta enc. *Lumen fidei*, 29-VI-2013, n. 60.

VI

¹ *Lc* 7, 2-3.

² Misal Romano, rito de comunión. Cfr. *Mt* 8, 8.

³ *Lc* 7, 6-7.

⁴ *Lc* 7, 9.

⁵ San Ireneo de Lyon, *Adversus haereses*, XXXVII, 1.5.

⁶ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 150.

⁷ Francisco, Carta enc. *Lumen fidei*, 29-VI-2013, n. 23.

⁸ *Mc* 16, 14.

⁹ Francisco, Carta enc. *Lumen fidei*, 29-VI-2013, n. 26.

¹⁰ Francisco, Litt. enc. *Lumen fidei*, 29-VI-2013, n. 26.

¹¹ *Rom* 10, 9-10.

¹² Conc. Vaticano II, Const. dogm. *Dei Verbum*, n. 5.

¹³ San Josemaría, *Camino*, n. 588.

¹⁴ San Josemaría, *Camino*, n. 586.

¹⁵ San Josemaría, *Camino*, n. 474.

VII

¹ Benedicto XVI, Motu proprio *Porta fidei*, 11-X-2011, n. 13.

² Cfr. *Mt* 6, 30; 8, 26; 16, 8; 17, 20; *Lc* 12, 28.

³ Benedicto XVI, Motu proprio *Porta fidei*, 11-X-2011, n. 6.

⁴ *Mt* 14, 22-23.

⁵ *Mt* 14, 24.

⁶ San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae*, 50, 1.

⁷ *Mt* 14, 25.

⁸ Cromacio de Aquileya, *In Matthaei Evangelium tractatus*, 52, 2.

⁹ *Mt* 14, 26.

¹⁰ *Mt* 24, 27.

¹¹ *Mt* 14, 28.

¹² *Mt* 14, 29.

¹³ Cfr. *Mt* 14, 30.

¹⁴ *Mt* 14, 30.

¹⁵ San Josemaría, *Surco*, n. 123.

¹⁶ San Josemaría, *Surco*, n. 462.

¹⁷ *Mt* 14, 30.

¹⁸ Cfr. *Mt* 14, 31-32.

¹⁹ Francisco, Homilía, 2-VII-2013.

²⁰ Francisco, Homilía, 2-VII-2013.

²¹ San Josemaría, *Vía Crucis*, V estación.

²² *Sal* 144 [143], 7.

²³ San Josemaría, *Forja*, n. 356.

²⁴ *Mt* 8, 27.

²⁵ *Mt* 16, 16.

²⁶ Francisco, Ángelus, 29-VI-2013.

²⁷ Cfr. *Mt* 16, 22.

²⁸ Cfr. *Mt* 19, 27.

²⁹ Cfr. *Mt* 26, 33-35.

³⁰ Francisco, Carta enc. *Lumen fidei*, 29-VI-2013, n. 13.

³¹ Benedicto XVI, Audiencia general, 24-V-2006.

³² *Jn* 21, 15.

³³ Benedicto XVI, Audiencia general, 24-V-2006.

VIII

¹ Cfr. *Lc* 8, 40.

² *Lc* 10, 38.

³ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 26.

⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 163.

⁵ *Gal* 5, 6.

⁶ Benedicto XVI, Carta enc. *Deus Caritas est*, 25-XII-2005, n. 1.

⁷ Francisco, Carta enc. *Lumen fidei*, 29-VI-2013, n. 13.

⁸ *Lc* 10, 40.

⁹ *St* 2, 17-18.

¹⁰ Cfr. Conc. de Trento, *Decreto sobre la justificación*, cap. 10.

¹¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1815, refiriéndose al Concilio de Trento.

¹² San Agustín, *Enarrationes in Psalmos* 32, 2, 9.

¹³ Cfr. San Josemaría, *Camino*, n. 317; *Surco*, n. 111; *Forja*, n. 155; *Amigos de Dios*, n. 198, etc.

¹⁴ San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 222.

¹⁵ *Lc* 10, 41-42.

¹⁶ *Lc* 12, 30-31.

¹⁷ *Lc* 10, 39.

¹⁸ San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 222.

¹⁹ Benedicto XVI, Discurso a la Curia Romana, 22-XII-2005.

²⁰ San Josemaría, Apuntes tomados en una tertulia, 4-IV-1970, en J. Echevarría, Carta pastoral, 6-X-2004.

²¹ Cfr. *Camino*, nn. 269 y 322.

²² *Lc* 8, 21.

²³ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 162.

Compartir este libro...

Oficina de Información
del Opus Dei, 2017

www.opusdei.org